

De actualidad



Los ricos viejos

Por un principio de economía de esfuerzo el hombre propende, en todos los tiempos y lugares, a discurrir con frases hechas, con tópicos, con lugares comunes. Sobre todo lo que suele llamarse 'sentido común'—y que casi siempre excluye el sentido propio o sea la visión directa e inmediata de las cosas—se vale de lugares comunes. Y así en un pueblo de topes discurriría contra el sentido común—de los topes—un ratón con vista.

Pero el uso y el abuso de los lugares comunes se acrecienta cuando el ritmo y curso de la vida social son tan raudos que a los tardos de entendederas no les dejan forzarse en visiones propias de los sucesos y de los hechos. En tiempos como los que estamos viviendo los torpes de comprensión y aún más que ellos los cobardes de comprensión, los que tiemblan de enterarse, los que por no resistir la mirada de la Esfinge se van a contarle las cerdas del rabo, se echan en el surco de los lugares comunes. Y lo mismo que apenas se ve una moneda de oro y hay inflación de papel, las ideas—o más bien pseudo-ideas—fiduciarias, de papel, echan del comercio intelectual, a las ideas de oro. En el orden del pensamiento rige una ley análoga a la que en economía política y hacienda se llama la ley de Gresham y es que la moneda peor expulsa a la mejor.

¿Lugares comunes, ideas de papel fiduciario de hoy? El oro del extranjero... los elementos extraños... los acaparadores... los nuevos ricos... la nacionalización... quien sabe? Son legión. Y basta fijarse en una cualquiera para descubrir, la calaña de todas ellas.

Lo ricos nuevos, por ejemplo. Cualquiera diría que los ricos viejos son menos perniciosos a la economía social que los nuevos, si es que éstos lo son. Es más aún; el rico nuevo, el que se ha hecho rico por sí mismo, el que llaman "parvenu", ha desarrollado poderes de iniciativa, de arrojo, de listeza, de astucia, mientras que quien vive sin hacer nada, sin trabajar, de las rentas que le produce un capital que fraguó su padre, o su abuelo o su tatarabuelo acaso, el jubilado de nacimiento, el mero

capitalista—no patrono—el mero y simple accionista puede ser hasta incapaz de nacimiento o incapacitado por su nacimiento para trabajar.

¿Qué es eso de los nuevos ricos?

¿Quién ha dicho que en la carestía actual de las cosas y en este trágico y fatídico contraste entre la producción y el consumo tengan los nuevos ricos más culpa que los ricos viejos?

¿Quién ha dicho que en la carestía del trigo o de la carne, los que se han enriquecido en estos años con la industria harinera o con la matarifería, tengan más culpa que propietario latifundioso de la dehesa o cortijo donde se dan el trigo y las terneras? ¿Al fin el industrial recién enriquecido, el rico nuevo, se ha expuesto y ha trabajado, pero don Galindo Galindez de la Galindera, décimo-tercio barón de Carbajosa la Honda, a quien le renta hoy una tierra el doble de lo que hace dos siglos le valió, como capital, en la dote que le llevó su novia al noveno barón de Carbajosa la Honda, otro don Galindo Galindez de la Galindera?

¿Tiene gracia hoy desproticar contra los nuevos ricos, a un rico ya viejo, hijo o nieto acaso de alguno que se enriqueció con los bienes de la desamortización de Mendizábal?

No vamos a defender ni a absolver a los ricos nuevos—¡Dios nos libre de ello!—pero sí que desde el punto de vista económico-social, nos parecen más fítiles y respetables que los ricos viejos. El que se ha hecho una fortuna ha trabajado, de una o de otra manera, mientras que esos que sólo se ocupan en administrar lo suyo, según la frase consagrada...! Porque dedicarse un hombre no más que a administrar lo suyo—no a crear riqueza—es algo así como cuando se dice de una mujer que se dedica a labores de su sexo. Y si es "señora" a las veces ni a esto. La señora del que vive de administrar lo suyo suele dedicarse al deporte de la beneficencia, que es una especie de seguro para la otra vida y aún para esta.

¿Pero y si el nuevo rico se enriquecía robando?—se nos dirá. Y contestaremos que peor es el que no necesita robar ni trabajar para vivir. Peor es el que habiendo heredado un Stradivarius y no sabiendo-

lo tocar vive de alquilarlo. Y encima va a oír gratis al que lo toca.

Entre esos nuevos ricos suele incluirse a los acaparadores. Y este de los acaparadores es otro lugar común, otro concepto de papel moneda. Se le llama acaparador, por ejemplo, al que en tiempo de la cosecha compra lo más barato el trigo, o lo recibe en pago de préstamos en especie que hizo en tiempo de la siembra—¡y a qué interés!—y lo guarda, acaso escondido, esperando a que suba, y no se le llama acaparador al que tiene acaparadas tierras y más tierras.

El acaparador del lugar común hoy corriente cumple algunas veces—hay que confesarlo—una función social, pues sin él sabemos casos en que se habría consumido desatentada y locamente la provisión que se debió escatimar. Hay ocasiones—no sirve negarlo—en que el acaparador este obliga a la restricción del consumo, obliga al ahorro. ¿Pero y el otro?

La diferencia cardinal no es entre rico nuevo y rico viejo, sino entre quien trabaja con su capital y quien vive de que otros se lo trabajen, entre el patrono y el mero y nudo capitalista. O mejor el mero accionista, el simple accionista, el accionista pasivo. ¡Y qué terrible contrasentido encierra esto de "accionista pasivo"! Acaso—y permítasenos el barroquismo de este juego de palabras—el accionista pasivo es un pasionista activo, es uno que inflige pasión a los demás.

Dicen que nos acercamos a tiempos en que ningún hombre apto y válido para el trabajo, para un trabajo cualquiera, podrá vivir sin trabajar y en que si persiste el capitalista será el que trabaja con su capital—toque en su violín, labre su tierra—y no el que cobre un interés o renta al capital que otros le trabajan, pero entre tanto bueno es irnos acostumbrando a no discurrir con esos tópicos de papel moneda intelectual. Y mojado.

Esto de los nuevos ricos lo han puesto principalmente en circulación los ricos viejos, y como pararrayos. Como son los menos y nudos accionistas o los usureros los que más fieramente denuncian la codicia de los emprendedores industriales.

MIGUEL DE UNAMUNO